

la landa, volviendo á la derecha, para ganar el valle ondulante y cubierto de maleza que baja en dirección á Iport. En cuanto llegaron á los tilos se vieron al abrigo del viento, y dejaron el camino para tomar una estrecha senda que se perdía entre el ramaje. Apenas podían ir de frente; entonces Juana sintió un brazo que se doblaba alrededor de su cintura.

Jadeante, con el corazón que latía acelerado, con la respiración cortada, la joven no hablaba. Algunas ramas, más bajas que las otras, les acariciaban los cabellos. Muchas veces tenían que inclinarse para pasar. Juana cogió una hoja; dos *maricas* semejantes á dos conchitas rojas, estaban adheridas á ella.

Entonces, inocente y algo serena, dijo:

—¡Calla! ¡Un matrimonio!

Julián acercó los labios á su oído:

—¡Esta noche seréis mi mujer!

Por más que desde su estancia en el campo hubiera aprendido muchas cosas, Juana no pensaba aún más que en la poesía del amor, y se sorprendió. ¿Su mujer? ¿No lo era ya?

Púsose él á besarla con besos castos y suaves en las sienes, en el cuello, en la nuca, allí

donde los primeros pelillos crecen; sorprendida por cada uno de estos besos de hombre, á los cuales no estaba acostumbrada, volvía instintivamente la cabeza al otro lado para evitar aquella caricia que, sin embargo, la encantaba.

Halláronse de pronto en el lindero del bosque. Confusa por haberse alejado tanto, Juana se detuvo. ¿Qué iban á pensar?—Volvamos,—dijo.

Entonces él retiró el brazo con que rodeaba su talle, y volviéndose ambos, se encontraron frente á frente, tan próximos, que sintieron sus alientos en el rostro, y se miraron. Se miraron con una de esas miradas fijas, agudas, penetrantes, en que dos almas creen confundirse. Buscáronse en sus ojos, detrás de las pupilas, en ese impenetrable desconocido del ser; se sondearon en una muda y obstinada interrogación, ¿Qué iban á ser el uno para el otro? ¿Qué iba á ser esta existencia que empezaban juntos? ¿Qué alegrías, qué venturas ó qué desilusiones se reservaban en este largo é indisoluble lazo del matrimonio? Y á los dos les pareció que no se habían visto todavía.

De pronto, Julián, apoyando ambas manos en los hombros de su mujer, la dió en la boca un

beso profundo, como nunca lo había ella recibido. Este beso bajó, penetró en sus venas, en la medula de los huesos; y sintió tan misteriosa sacudida que, sin saber lo que hacía, rechazó á Julián con sus brazos, y por poco se cae de espaldas.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!—dijo.

Él no respondió, pero le cogió las manos y no las soltó ya. Hasta la casa no cambiaron una sola palabra. El resto de la tarde se les hizo muy largo.

Al caer la noche se pusieron á la mesa.

Contra las costumbres normandas, la comida fué sencilla y bastante breve. Cierta malestar preocupaba á los invitados. Sólo los dos sacerdotes, el alcalde y los cuatro colonos, mostraron algo de esa tosca alegría que es de rigor acompañe á toda boda.

La alegría parecía muerta; una palabra del alcalde la reanimó. Eran cerca de las nueve cuando empezó á servirse el café. Fuera, bajo los manzanos del primer patio, empezaba el baile campestre. Por la ventana abierta veíase toda la fiesta. Cabos de vela colgados de las ramas daban á las hojas ligero tinte verde gris.

Rústicos de ambos sexos saltaban en corro, aullando una tonada de baile salvaje, que acompañaban débilmente dos violines y un clarinete, subidos sobre una mesa de la cocina á modo de tablado. El canto tumultuoso de los aldeanos cubría, á veces por completo, la canción de los instrumentos; y la débil música, interrumpida y rota por las voces desencadenadas, parecía caer del cielo á pedazos, en pequeños fragmentos de notas desperdigadas.

Dos grandes toneles, rodeados de flameantes antorchas, daban vino á la multitud. Dos criados estaban ocupados en enjuagar continuamente las vasos y los *bols* en un barreño, para tenderlos, chorreando agua todavía, bajo las es-pitas de donde salía el hilo rojo del vino ó el hilo dorado de la sidra pura. Y los bailarines sedientos, los viejos tranquilos, las muchachas sudorosas, se aglomeraban, tendían los brazos para coger por turno un vaso cualquiera, y verter á grandes tragos en la garganta, echando hacia atrás la cabeza, su líquido preferido.

Sobre una mesa había pan, manteca, queso y salchichón. De cuando en cuando, todos tomaban un bocado, y bajo la techumbre de hojas

iluminadas, esta fiesta sana y violenta daba á los sombríos convidados del salón ganas de bailar también, de beber en el vientre de aquellos barriles y de comer una rebanada de pan con manteca y cebolla cruda.

El alcalde, que llevaba el compás con su cuchillo, exclamó:

—¡Caramba! Es, como si dijéramos, las bodas de Camacho.

El padre Picot, enemigo natural de la autoridad civil, interrumpió:

—Querréis decir de Canaán.

Pero el alcalde no aceptó la lección.

—No, señor cura, yo me entiendo. Cuando digo Camacho, es Camacho.

Levantáronse y pasaron al salón. Después fueron á mezclarse algo con el pueblo alegre; luego se marcharon.

El barón y la baronesa hablaban en voz baja, como si riñeran. Madama Adelaida, más sofocada que nunca, rehusaba, al parecer, lo que la pedía su marido; al fin, y casi en voz alta, dijo:

—No, amigo mío, no; no puedo: no sabría cómo empezar.

Entonces papaíto, separándose bruscamente, se acercó á Juana.

—¿Quieres que demos una vuelta, hijita?— la dijo.

—Como quieras, papá,—respondió ella conmovida.

Y salieron.

En cuanto estuvieron enfrente de la puerta, por la parte del mar, un vientecillo seco les azotó, uno de esos vientos fríos de verano que anuncian ya el otoño. Algunas nubes galopaban en el cielo, velando y descubriendo alternativamente las estrellas.

El barón estrechaba contra su cuerpo el brazo de su hija, oprimiéndole la mano con ternura. Anduvieron durante unos cuantos minutos. Él vacilaba; al parecer, estaba indeciso; por fin se decidió:

—Pequeña, voy á cumplir un deber difícil que corresponde á tu madre; pero no quiere, y es preciso que ocupe yo su puesto. Ignoro lo que tú sabes de las cosas de la vida. Hay misterios que se ocultan con cuidado á los hijos, sobre todo á las hijas, á las hijas que deben conservarse puras de alma, irreprochablemente puras.

hasta la hora en que las ponemos en brazos del hombre que ha de cuidar de su felicidad. A él corresponde levantar este velo tendido sobre el dulce secreto de la vida. Pero muchas veces, cuando todavía no han tenido sospecha ninguna, las jóvenes se rebelan ante la realidad algo brutal que se oculta detrás de los sueños. Heridas en su alma, heridas hasta en su cuerpo, rehusan al esposo lo que la ley, la ley humana y la ley natural, le otorgan como derecho absoluto. No puedo decirte más, querida mía; no olvides esto, esto sólo: que perteneces toda entera á tu marido.

¿Qué sabía ella? ¿Qué adivinaba? Juana se había echado á temblar, oprimida por una melancolía dolorosa, y abrumadora como un presentimiento.

Volvieron. Una sorpresa les esperaba en la puerta del salón. Madama Adelaida sollozaba sobre el pecho de Julián. Sus lágrimas, lágrimas ardientes, movidas como por un soplo de fragua, parecían salirle al mismo tiempo de la nariz, de la boca y de los ojos. Y el joven, sorprendido, sin saber qué hacerse, sostenía en sus brazos á la gruesa mujer que se echaba contra

él, recomendándole á su querida, á su adorada hijita.

El barón se adelantó.

—¡Oh! Nada de escenas, nada de enternecimientos; os lo ruego.

Y cogiendo á su mujer, la sentó en una butaca, mientras se limpiaba el rostro. Volvióse luego á Juana.

—Vamos, pequeña, abraza á tu madre, y anda á acostarte.

A punto de llorar también, la joven dió un beso á su madre, y huyó.

Tía Lison se había retirado ya á su cuarto. Los barones quedaron solos con Julián. Estaban tan cortados los tres, que no se les ocurría decir nada; los dos hombres en traje de *soirée*, de pie, con la mirada vaga; madama Adelaida, abatida en su butaca, sollozando aún. La situación se hacía intolerable; el barón se puso á hablar del viaje que los jóvenes debían emprender á los pocos días.

En su cuarto, Juana dejábase desnudar por Rosalía, que lloraba como una Magdalena. Sus manos, errantes y al azar, no encontraban los cordones ni las agujas, y con seguridad parecía

más conmovida que su ama. Pero Juana no hacía alto en las lágrimas de la joven; parecía que había estado en otro mundo, que había partido para otra tierra, separada de todo cuanto había visto y querido hasta ahora. Todo lo veía trastornado en su vida y en su pensamiento; hasta se le ocurrió una idea extraña: «¿Amaba a su marido?» Ahora se la presentaba como un extraño á quien apenas conocía. Tres meses antes no sabía ni que existía siquiera, y ahora era su mujer. ¿Por qué? ¿Por qué caer tan pronto en el matrimonio, como en un hoyo abierto bajo sus plantas?

Cuando estuvo en *toilette* de noche, se deslizo en el lecho, y las ropas, algo frescas, dando escalafíos á los pies, aumentaron aquella sensación de frío, de soledad, de tristeza que hacía dos horas la pesaba en el alma.

Fuése Rosalía, sin dejar de llorar, y Juana quedó esperando. Esperando ansiosa, con el corazón encogido, ese yo no sé qué adivinado, anunciado en términos confusos por su padre; esa revelación misteriosa de lo que es el gran secreto del amor.

Sin que hubiera oído subir á nadie por la es-

calera, sonaron tres golpes ligeros contra la puerta. Estremeciéndose horriblemente, y no contestó. Llamaron de nuevo, luego rechinó la cerradura. Juana ocultó la cabeza bajo las ropas, como si hubiera visto que entraba un ladrón en la casa. Unas botas crujieron dulcemente sobre el pavimento, y alguien se acercó á su lecho.

Sintió un sobresalto nervioso, y exhaló un débil grito; y sacando la cabeza, vió á Julián en pie, delante de ella, que la miraba y se sonreía.

—¡Oh! ¡Qué miedo habéis dadol le dijo.

A lo que él la contestó:

—¿No me esperabas?

Ella no respondió. Le vió vestido de etiqueta, con su seriedad de buen mozo, y se avergonzó horriblemente de estar así, acostada, delante de aquel hombre tan correcto.

Ni uno ni otro sabían ya qué hacer, ni qué decir, no atreviéndose ni siquiera á mirarse en esta hora grave y decisiva, de la cual depende la íntima felicidad de toda la existencia.

Julián sentía vagamente quizá el peligro que ofrece esta batalla, y qué gran posesión de sí mismo, qué astuta ternura necesita el marido para no herir ninguno de los sutiles pudores, de

las infinitas delicadezas de un alma virginal, nutrida de ensueños.

Entonces, dulcemente, le tomó una mano y la besó, y arrodillándose á los pies del lecho, como delante de un altar, murmuró con voz débil, como un soplo:

—¿Queréis amarme?

La joven, tranquilizada de pronto, levantó sobre la almohada su cabeza, rodeada de encajes, y sonriéndose:

—Os amo ya, amigo mío.

Puso él sobre su boca los finos dedos de su mujer, y con la voz alterada por aquella mordaza de carne:

—¿Queréis probarme que me amáis?

Otra vez turbada, sin comprender bien lo que decía, bajo el recuerdo de las palabras de su padre, Juana respondió:

—Soy vuestra, amigo mío.

Cubrió él de húmedos besos su muñeca, y enderezándose lentamente, acercaba su rostro al de la joven, que ella empezaba á retirar. De pronto, pasando un brazo sobre el lecho, abrazó á su mujer por cima de la ropa, mientras que, deslizando su otro brazo bajo la almohada

la levantó con la cabeza que en ella se apoyaba, y bajo, muy bajo, preguntó:

—En ese caso, ¿queréis hacerme un poco de sitio á vuestro lado?

Ella tuvo miedo, miedo instintivo, y balbuceó:

—¡Oh! todavía no; ¡os lo suplico!

Estas palabras le hirieron, al parecer; le chocaron, y, algo frío, tornó á decir, siempre en tono de súplica, pero más brusco:

—¿Y por qué más tarde, si al fin y al cabo hemos de terminar por ahí?

Estas palabras la hicieron daño; pero resignada y sumisa, la joven repitió por segunda vez:

—Soy vuestra, amigo mío.

Salió él, al oír esto, desapareciendo en el tocador, y Juana quedó oyendo sus movimientos, con rumor de ropas que se desatan, ruido de dinero en el bolsillo, caída sucesiva de las botas.

Y de pronto, en calzoncillos y calcetines, atravesó vivamente el cuarto para ir á dejar su reloj sobre la chimenea. Luego se volvió corriendo á la habitación inmediata, removió algo más, y Juana se volvió rápidamente del otro lado, cerrando los ojos al ver que su marido se acercaba.

Hizo un movimiento como para saltar al suelo, cuando una pierna fría y velluda se deslizó contra la suya, y con el rostro entre las manos, sintiendo ganas de llorar de miedo y de susto, la joven, se acurrucó en un lado de la cama.

Cogióla él en seguida entre sus brazos, aunque ella le volvía la espalda, y empezó á besarla ansiosamente el cuello, los flotantes encajes de su chambra y el cuello bordado de su camisa.

Juana no se movía, crispada en una horrible ansiedad, sintiendo que una mano ruda la buscaba el pecho, que ella había ocultado entre los brazos. Trastornada por aquel contacto brutal, respiraba con fuerza; y sentía, sobre todo, deseos de huir, de correr por la casa, de encerrarse en cualquier parte, lejos de aquel hombre.

Éste no se movía. La joven recibía en la espalda todo su calor. Entonces calmóse algo su espanto.

Acabó él por impacientarse, y con voz triste le dijo:

—¿Es decir que no queréis ser mi mujercita?

Ella, cubriéndose la cara con las manos, murmuró:

—¿Pero no lo soy ya?

Y él respondió, con tono algo malhumorado:

—No, querida mía; vamos; no os riáis de mí.

Sintióse Juana conmovida por el tono de descontento de su voz; y se volvió rápidamente hacia él para pedirle perdón.

Julián la abrazó ávidamente, como si estuviera hambriento de ella, recorriendo con rápidos besos, con besos que parecían mordiscos, todo su rostro y lo alto de su pecho, aturdiéndola á caricias. Había ella abierto sus manos y permanecía inerte bajo sus esfuerzos, no sabiendo ya lo que uno ni otro hacían, en una turbación tal de pensamiento, que no la dejaba espacio para comprender. Pero, de pronto, agudo dolor retorció su cuerpo; y mientras él la poseía violentamente, púsose ella á gemir, crispada, en sus brazos.

¿Qué pasó después? Apenas guardó ella el recuerdo, porque había perdido la cabeza; pero creyó comprender que él la arrojaba en los labios una granizada de besos de reconocimiento.

Luego, hubo él de hablarla, ella debió de contestarle: después, hizo él otras tentativas, que

ella rechazó espantada, y al volverse, sintió sobre su pecho aquel pelo crespo que había sentido ya sobre su pierna, y se apartó con espanto.

Cansado al fin de solicitar sin éxito, quedóse él inmóvil, boca arriba.

Entonces dióse ella á pensar, desesperada hasta en lo más profundo de su alma, en la desilusión de una embriaguez soñada tan distinta, de un dulce deseo tan rudamente destruído, de una felicidad rota.

—¡Y á esto es á lo que llama ser su mujer!
¡A estol ¡A estol

Y durante largo tiempo permaneció así, desconsolada, con la vista errante por los tapices de la pared, por la vieja leyenda de amor que rodeaba su cuarto.

Y como la chocase que Julián no hablaba, no se movía, volvió los ojos hacia él, y vió que estaba durmiendo. ¡Dormía con la boca entreabierta, el rostro tranquilo! ¡Dormía!

No podía creerlo, sintiéndose indignada, más ofendida por este sueño que por su brutalidad, viéndose tratada como una mujer cualquiera. ¿Cómo podía dormirse en semejante noche? ¿No tenía nada de sorprendente para él lo que

había pasado entre ambos? ¡Oh! Más valía que la hubiese pegado, violentado más aún, asesinado á caricias odiosas hasta hacerla perder el conocimiento.

Apoyada en un codo, inclinada sobre él permanecía inmóvil, escuchando un ligero soplo que por entre sus labios pasaba, tomando á veces apariencia de ronquido.

Rayó el día, lívido primero, luego claro, después color de rosa, por último resplandeciente. Julián abrió los ojos, bostezó, alargó sus brazos, miró á su mujer, y, sonriéndose, la preguntó:

—¿Has dormido bien, querida mía?

Notó ella que ahora la llamaba de tú, y respondió sin saber qué pensar:

—Sí. ¿Y vos?

—¡Oh! Yo, muy bien, contestó Julián; y volviéndose hacia ella la abrazó y se puso á hablar tranquilamente. Desarrollábala proyectos de vida con ideas de economía, y esta frase, repetida varias veces, chocaba á Juana, que le oía sin comprender bien el sentido de sus palabras, mirándole, pensando rápidamente en mil cosas que pasaban, apenas perceptibles para su espíritu.

Dieron las ocho.

—Vamos, hay que levantarse, dijo; seríamos ridículos si siguiéramos en la cama.

Y bajó primero. Una vez acabada su *toilette*, ayudó galantemente á su mujer en todos los pequeños detalles de la suya, sin permitir que llamase á Rosalía.

En el momento de salir, la detuvo:

—¿Sabes? le dijo. Cuando estemos solos podemos tutearnos ya, pero delante de tus padres, más vale que esperemos un poco. Cuando volvamos de nuestro viaje de boda será natural.

Juana no salió hasta la hora de almorzar. Y así pasó el día, igual que todos, como si nada hubiera sucedido. Había otro hombre en la casa. Nada más.

V

Cuatro días después llegó la berlina que debía llevarlos á Marsella.

Pasadas las angustias de la primera noche, Juana habíase acostumbrado ya al contacto de Julián, á sus besos, á sus tiernas caricias, por más que no hubiera disminuído la repugnancia hacia sus íntimas relaciones. Le parecía guapo, le amaba, sentíase otra vez alegre y feliz.

Las despedidas fueron breves y nada tristes. Sólo la baronesa se presentó conmovida, y en el momento en que el carruaje iba á arrancar, puso en la mano de su hija una bolsa pesada, como si fuese de plomo.

—Para tus gastos de muchacha, dijo.

Juana se la guardó en el bolsillo, y los caballos arrancaron.

Ya por la tarde, le dijo Julián:

—¿Cuánto dinero hay en ese bolsillo?